

# ARDA TROYA

En estas mismas páginas del *Bol.SEA* el Dr. Martín Piera formuló, no hace mucho tiempo, la cuestión de que *una ciencia que no debate, está sojuzgada o está muerta*.

Que la Entomología española no debate es un hecho tan rotundo que posiblemente deba comenzar a preocuparnos (o incluso, a avergonzarnos). Con excepción de algunas cuestiones prácticamente intrascendentes pertenecientes al ámbito privado de los contrincantes (es decir, batallas particulares, enemistades prehistóricas y pisotones a vengar), apenas nada recoge el testigo de nuestra labor entomológica: libros, revistas, congresos y otros testimonios. Con suerte, algún comentario introducido entre la conversación banal; tal vez, una cierta ironía soterrada en la línea de una carta, pero nunca ¡*vade retro, Satanás!* en la esfera de lo público, jamás en letra impresa, en acta cotilla o en artículo de general acceso. Fuera de la complicidad del amigo, guardián de nuestro secreto, queda la hipocresía de las formas sociales o lo elegante (elegante a su manera) del trabajo técnico. No debe, y parece bien, airearse rencilla íntima ni retransmitirse vía satélite -digan lo que digan los paneles de audiencia televisiva- cuitas y afrentas personales. ¿A quién le importan fuera de los litigantes y sus círculos respectivos? Son las Ideas, son las Cuestiones, son los Problemas los que reclaman *luz y taquígrafos*; son éstos los que demandan -a través de la voz cavernosa de una Entomología a punto de dar su último extor- un lugar en el espacio, el tiempo y la mente de los que nos llamamos -tal vez sin justificación- entomólogos.

Se nos muere la Madre Entomología de inanición, de hambre y miseria, pues sus hijos sólo somos capaces de darle pan y agua, alimento pobre e indigno de quien tiene y puede brindar mejores ofrendas; porque -y eso es lo grave- estoy convencido que tenemos medios, existen capacidades y gozamos de aptitudes suficientes (y aún en exceso), aunque estén escondidas en el pozo de la apatía, del miedo, de la rutina, del lenguaje burocrático, o de criterios dudosos de instituciones científicas y académicas en materia de publicación que tarde o temprano habrá que reconsiderar.

Nos encantaría poder ofrecer en las páginas siguientes debates profundos en torno a la cladística como técnica, el origen de los artrópodos, la política de protección de invertebrados en nuestro país, el papel de los aficionados en la crisis de biodiversidad, la Ley 4/89, los estudios de entomología en la Universidad o si las arañas y los cangrejos son, o no son, entomología, pero no puede ser. Al parecer, todo el mundo -miles de entomólogos- estamos absolutamente de acuerdo, o nos traen sin cuidado éstas y cualesquiera otras cuestiones fuera del curriculum o de la tétrica caja de bichos alineados. Pero, por suerte, aunque a un nivel 'menor', existen algunas cosas que a algunos de nosotros no nos gusta como están o como son. Las páginas siguientes, coloreadas en señal de advertencia a desprevenidos, son simplemente opiniones, pero son también, precisamente por ello, la materia prima sobre la que puede fundamentarse un modesto debate. Con éste, no le daremos ternera a nuestra Madre (no somos tan 'pudientes'), pero sí pollo. Algo es algo.

En conjunto, la zona amarilla del *Bol.SEA* (color de la bilis, pensarán los malpensados, o del odio mezquino, sostendrán los miserables) es un espacio para la discusión. No hay nada morboso, ni indigno; nada tampoco personal (que no nos interesa, sinceramente), ni ataques a nadie; tan sólo hay opinión sobre cosas tal vez menores pero que posiblemente nos afectan a todos. La sabiduría popular cuando pretende reflejar la actitud de los satisfechos, de aquellos que dan por aceptables las cosas tal y como están -el status quo-, mencionan al cerdo y la pocilga. Por algo será. Los artículos y cartas siguientes son independientes y de ellos, como grupo, sólo puede decirse que no tienen nada que ver entre sí. Por nuestra parte, nos hemos limitado a dar un color especial al fondo que los soporta, como señal de que algunos pensamos -y lo decimos- que no todo nos parece perfecto, que es lícita la queja, la reclamación, la sugerencia o la protesta. En definitiva, que no somos cerdos o, en su defecto (respetamos todas las opiniones, si están argumentadas), que no nos gusta la pocilga.

A.Melic